

APRENDER A

LA COMUNICACION EN LA ESCUELA

Hace ya algún tiempo que nos encontramos en lo que se ha dado en llamar era de la comunicación. Los medios de información —televisión, radio, periódicos, revistas,...— parecen ser los conductores que utilizados, según y de que modo, pueden dirigir los movimientos de masas y las opiniones e ideologías de una sociedad en el presente momento. Se les califica de medios de comunicación de masas, pero en ellos no existe la comunicación; y esta apreciación no es un mero capricho del que escribe sino de otras gentes como por ejemplo M. D. Scott y W.G. Powers, que muy contrariamente a la idea que de comunicación se pueda sacar de las líneas precedentes, afirman que ésta es “por y en si misma, una necesidad humana básica y porque es el medio por el que todas las otras se satisfacen”. Ciertamente no es una mayor cantidad de datos de comunicación, lo que necesitamos, de información, sino una mayor calidad en nuestras comunicaciones interpersonales.

Existen dos grupos dentro de la comunicación: la verbal y la no verbal. La primera puede ser oral o escrita, mientras que la segunda se constituye de múltiples mensajes de los que en la mayoría de las ocasiones no somos conscientes de que estamos transmitiéndolos: gestos, ademanes, comportamientos, forma de vestir, timbre y entonación utilizada al hablar, lugar que ocupamos y podemos ocupar en una conversación. En resumen, todo un mundo, nuestro propio mundo, el de cada uno, el particular nuestras circunstancias y nosotros dentro de las circunstancias. De hecho, todos sabemos algo sobre esto, pero de forma incontrolada y cuando lo utilizamos lo hacemos de forma que nos beneficie en nuestros intereses. Todos sabemos lo que pretendemos y las impresiones que producimos en los demás cuando miramos el soslayo, damos la espalda, damos énfasis a ciertas palabras de nuestro diálogo, vestimos a la última moda o según los cánones que marcan el modelo que se corresponde con nuestra ideología y, también, cuando nos encogemos de hombros o quedamos totalmente estáticos, sin el movimiento de un solo músculo ante una pregunta, una sugerencia, una propuesta o cualquier cosa que demande una respuesta. Comunicamos desdén, frialdad, cariño, amor, sorpresa, irritación, autoridad, felicitación... Son mensajes que continuamente estamos transmitiendo, queramos o no, tanto si así lo creemos como si no lo creemos. Y se da, además, muy frecuentemente el caso de que nuestro lenguaje verbal no se corresponda con nuestro lenguaje no verbal. Decimos cosas damos opiniones y por el contrario nuestro cuerpo, nuestra forma de actuar está emitiendo algo totalmente distinto. Y sucede, como es lógico, que si nosotros actuamos como emisores del mensaje, sea cual fuere su naturaleza, existe un

receptor que recoge toda la comunicación; consecuencia: resultados distintos a los que probablemente pretendíamos acceder, confusión en nosotros mismos que nos sentimos perplejos al no entender qué es lo que ha podido suceder y reacciones diversas que se siguen de cada uno de nuestros desafortunados mensajes.

Trasladémonos ahora a la escuela y llevémonos con nosotros este maremágnum. Tengamos presentes las relaciones y, por tanto, comunicaciones que se encuentran y producen a diario dentro de ella y en su entorno: a) del maestro con el resto de sus compañeros de trabajo, b) del alumno con el resto de los alumnos de la clase y del centro, c) del alumno con el maestro/s y de éste con él, con ellos, d) del profesor con el padre/s y recíprocamente.

Es obvio que en estas relaciones indicadas con harta frecuencia se producen malentendidos, o dicho de otra manera, deficiencias en la comunicación. Malentendidos que conducen a conflictos que no alcanzan una regulación positiva entre las partes. Roces y discrepancias negativas entre compañeros de trabajo, asunción de roles de “tontos y listos”, de “preferidos y desdeñados” entre los alumnos, de enfrentamientos, insatisfacción y desinterés en la relación profesor-alumnos, así como en la de este primero con los padres y a la inversa, observándose en la gran mayoría de los casos una gran falta de comprensión de lo que se hace, de lo que se debiera hacer y de su papel y acción en ambas situaciones.

Al igual que todo lo anterior, es una realidad evidente la importancia, la relevancia de la comunicación en el proceso de la enseñanza, en el proceso del aprendizaje. Y si nos preguntamos de una forma muy práctica por la finalidad de la escuela y nos atrevemos a contestar que: el formar personas que, además de serlo, puedan desenvolverse dentro de la sociedad en la que viven pudiendo actuar en cada una de sus facetas, desde la laboral hasta las artísticas y ociosas, tendremos que admitir que para conseguirlo necesitamos comunicarnos correctamente, ya que precisamente en la comunicación basamos nuestros métodos de enseñanza y aprendizaje. Ciertamente, para que pueda darse el proceso de aprendizaje debe EXISTIR la COMUNICACION.

Finalmente, no hay más que decir, el artículo acaba aquí, sin más, puesto que el objetivo de éste no es el aportar soluciones prácticas. Ellas serían temas, para desarrollar en otros muchos artículos. Solamente se pretende que actúe en cada uno para producir en si mismo la reflexión que el tema comporta y provoque las reacciones que se desean mediante esta comunicación.

Manuel Coello Arias
M.C.E.P. (G.T. de Ciudad Real)